

Viajes literarios: recorridos por Jazaria y Panonia

Ana URRUTIA

Ahora que es otoño y las hojas de los árboles caen como ilusiones caducadas, ahora, saboreando el agridulce licor de melancolía, nos aferramos a hojas más seguras: las de los libros. Barcos que no naufragan. Alfombras mágicas que nos permiten desplazarnos por el tiempo y el espacio. Llaves para entrar en épocas y territorios muchas veces de otra forma inaccesibles, como los que hoy la bibliotecaria, que por razones que no vienen a cuento se ha quedado sin vacaciones, se propone visitar: Jazaria y Panonia.

Jazaria

Jazaria o País de los jázaros es el primer destino escogido. Es el nombre que recibió el estado fundado por un pueblo de origen turco que se estableció en el siglo VII entre los ríos Dniéper y Volga y que se extendió hasta el mar de Aral y el Cáucaso.

Debido a la decadencia interna y al empuje de los pueblos llamados bárbaros cayó, en el siglo V el imperio romano de occidente. A partir de entonces se sucedieron las invasiones de pueblos provenientes de las estepas asiáticas. En las denominadas segundas invasiones llegaron los jázaros, inicialmente nómadas pero que en el siglo VIII levantaron importantes ciudades —Itil, Samandar, Sakel etc.— integradas por barrios judíos, cristianos y musulmanes con administración propia.

97

Este pueblo, cuyo estado contaba con dos soberanos —el jagán y el beg— y que tenía su propia religión parece ser que protagonizó un llamativo acontecimiento: su clase dominante se convirtió al judaísmo a finales del siglo VIII. Pero otros lo hicieron al islam o al cristianismo. Y otros continuaron con su paganismo. Asediado por pechenegos y rusos, sucumbió finalmente a los ataques del príncipe ruso Stanislav, en el siglo X.

Jazaria y sus peculiaridades, ciertamente conocidas por los historiadores, permanecerían ignotas para los profanos en la materia de no ser por la literatura. Desde el verso de Pushkin: “y esa mañana se levantó el bravo Oleg para dar una lección a los bárbaros jázaros” hasta Arthur Koestler en *La tribu número trece*, Milorad Pavic en el *Diccionario jázaro* y Harek Halter en su reciente *Los jázaros* se ocupan de este enigmático pueblo desaparecido sin dejar huella.

No habiendo podido conseguir el libro de Koestler, la bibliotecaria prepara el viaje a Jazaria de la mano de M. Pavic y de M. Halter. Como toma de contacto decide abrir las puertas, —perdón, las páginas— de la novela *Los jázaros*.

Guiada por Marek Halter inicia un recorrido que intercala continuamente pasado y presente y establece entre ambos mundos, el de los jázaros del siglo X y el de los territorios de

Azerbaiyán y Georgia (nombres actuales de algunos de los territorios donde antaño se asentaron los jázaros) en el siglo XX, un intrigante paralelismo. Sin más dilaciones toma el sendero del pasado y comienza la primera excursión por Jazaria recorriendo sus principales ciudades: Itil, Samandar, Tmurtorokan y Sarkel.

Itil es la capital del reino jázaro. Situada en el delta del río Atel (Volga), está constituida por varias islas unidas por puentes flotantes. En ella encuentra a las máximas autoridades: José, decimotercero jagán después de la conversión al judaísmo, acaecida con Bulán; Borouh, el beg o jefe del ejército; y Atexx, la katum o hermana del jagán. Alrededor de ellos se mueve la guardia real, cuyos componentes son fácilmente identificables por sus cascos puntiagudos y las llamativas túnicas rojas, que llevan bordado el candelabro de siete brazos, con las que cubren sus cotas de malla.

Por las calles, observa a la gente del pueblo, vestidos con largas túnicas, en todos destaca el mismo rasgo facial: los marcados pómulos. Estas personas, a diferencia de la elite: judía, pueden ser musulmanes, cristianos o paganos. La tolerancia es una característica de los jázaros.

A continuación desciende hasta Samandar, residencia de verano del jagán situada a orillas del mar de los Jázaros (mar Caspio), y penetra en su gran y concurrido mercado donde comerciantes extranjeros se mezclan con los habitantes de la ciudad que realizan sus compras. Se ve que Jazaria, emplazada en el centro de las rutas mercantiles más importantes, es rica. No sólo acuñan moneda, también fabrican papel y escriben en él con un adelanto de varios siglos respecto a los monjes cristianos.

98

Casi en línea recta, frente a la península de Crimea, encuentra Tmurtorokan, ciudad desde la que los jázaros controlan el estrecho del Bósforo, paso clave entre el mar de los Rusos y el de Constantinopla (hoy, mar de Azov y mar Negro). Se levanta sobre las primeras elevaciones del Cáucaso y está rodeada de jardines que se extienden hasta el mar, confiando a su paisaje una extraña belleza.

Por último, remontando el río Varshan (Don) llega a Sarkel la Blanca, ciudad fortaleza construida con ayuda bizantina para contener los ataques de rusos y pechenegos, que trataban de alcanzar Itil. Su mayor originalidad reside en los materiales que la conforman: ladrillo blanco y piedra; la madera, que constituye el ingrediente principal de las fortalezas de la época, brilla por su ausencia. Sus elevadísimos muros colmenados y las cuatro torres de vigilancia que se recortan contra el cielo hacen que parezca inexpugnable. Desde el río se accede a la ciudad, que se extiende a lo largo de ambas orillas. La población, constituida principalmente por guerreros, habita en tiendas de campaña, cuya austeridad contrasta con la magnificencia de la sala real. Es ésta una construcción de tipo griego adosada a la muralla norte de la fortaleza. Estatuas de mármol y columnas la decoran y, en un estrado, destaca el trono de madera de cedro con incrustaciones de marfil, perlas y piedras verdes. Por encima cuelga un dosel con hilos de oro y junto al estrado reposa un enorme menorah de oro que, cuando el jagán se encuentra en la residencia, tiene permanentemente encendidas las velas de sus siete brazos. La sala, no muy grande, da a un patio de baldosas de mármol negro, rosa y blanco, en el que el suave susurro de varias fuentes no cesa de sonar.

Y aquí termina el primer recorrido por tierras jázaras. La bibliotecaria está ciertamente admirada ante los logros de estos bárbaros que consiguieron mantener en pie un imperio durante tres siglos, guerreando constantemente con los pueblos que les amenazaban desde el exterior —eslavos, bizantinos e islámicos— y manteniendo una exquisita tolerancia en el interior que se traducía en el respeto y convivencia de distintas lenguas y religiones. Y, sin embargo, esto sólo ha sido un aperitivo, un sencillo paseo turístico por las ciudades jázaras. Todavía le queda el plato fuerte, un viaje mucho más complejo y profundo al país de los jázaros: el libro de Milorad Pavic.

Internarse en *El diccionario jázaro* del autor serbio es como moverse por los universos paralelos, que se desdoblán e ignoran mutuamente después, postulados por el físico cuántico Hugh Everett. Para empezar, no es un Diccionario, sino dos: el ejemplar masculino y el femenino, aparentemente iguales pero diferenciados por un párrafo totalmente distinto. Luego, cada ejemplar, tanto el femenino como el masculino, está constituido por tres libros —cristiano, musulmán y judío— que informan cada uno desde su propia perspectiva sobre los jázaros y la denominada polémica jázara, que consistió en la interpretación de un sueño que tuvo el khagán por parte de los representantes de las tres religiones y que determinó la conversión del soberano y de su corte a una de ellas: al cristianismo según el diccionario cristiano, a la musulmana de acuerdo con el musulmán, y a la judía en opinión del judío.

Cada libro posee un color y un símbolo distintivo que facilita su consulta: el rojo y la cruz son los del cristiano, el verde y la media luna representan al musulmán y el amarillo y la estrella de David caracterizan al judío. Los tres poseen entradas comunes (Ateh, Khagán y Polémica jázara), siendo el resto específicas de cada uno, aunque tienen, la mayoría de las veces, equivalencias y relaciones con las de los otros dos.

De esta manera, saltando por aquí y por allá, la bibliotecaria amplía la información que poseía sobre los jázaros: practicaban el culto a la sal —tallaban templos en canteras subterráneas de sal o en montañas salinas— y al sueño; eran agricultores y pescadores muy hábiles; imaginaban el futuro en el espacio, no en el tiempo; la organización de su estado, muy compleja, hacía pasar inadvertido el hecho de que los jázaros constituían la mayoría de la población; cuando los jázaros abandonaron su religión la princesa Ateh, para impedir la desaparición de la lengua a ella ligada, enseñó los capítulos del Diccionario jázaro a los loros del país, de manera que llegó una época en la que sólo ellos, los loros, conocían y hablaban la lengua jázara...

La estructura del *Diccionario jázaro* ofrece múltiples posibilidades de desplazarse por él. La libertad de movimientos y de recorridos —como en *Rayuela* o *62 modelo para armar*, de Cortázar— es total. No es éste un viaje programado en el que te van dirigiendo los pasos, aquí cada viajero va eligiendo sus visitas y excursiones, la curiosidad será su guía. Y a mayor curiosidad, viaje más completo. Porque conformarse con un solo diccionario es conocer la verdad —o la interpretación— de una sola parte —o religión— e ignorar las de las demás.

Así, paseando por el libro cristiano, la bibliotecaria conoce al representante de esta religión en la famosa polémica jázara, San Cirilo; al cronista que relató su desarrollo citando la actua-

ción de Cirilo y callando los nombres de los otros dos participantes, San Metodio; a Abrahán Brancovich, que en el siglo XVII estudió el tema y soñaba y buscaba al judío y al musulmán que sospechaba que podían sentir su mismo interés sobre el asunto jázaro; a Isailo Suk arqueólogo que, en el siglo XX, retoma la cuestión.

Introduciéndose en el léxico judío se topa con Isaak Sangari, participante en la polémica por parte de los judíos; con Yehuda Haleví, poeta nacido en Tudela —recién traducido al euskara, por cierto—, que realizó la crónica judía; con Samuel Cohen, que sueña y busca a Brancovich y a algún musulmán interesado en los jázaros en el siglo XVII; a Dorota Schultz, que busca información en el siglo XX.

Al penetrar en el diccionario musulmán entra en contacto con nuevos personajes: Farabi ibn Kora, que defendió ante el khagán la religión islámica; al cronista Al Bakri; al laudista Yusuf Masudi, que busca y sueña a Brancovich y Cohen; y Abu Kabir Muabia, hebraísta árabe del siglo XX interesado por el mundo jázaro.

Los siglos pasan como sueños. Y los sueños son leídos por los cazadores de sueños, secta de sacerdotes jázaros capaces de seguir a las personas que aparecen en los sueños ajenos y perseguirlas de una persona a otra. Todo lo concerniente a las cacerías de sueños, así como las biografías de los mejores cazadores y de las presas cobradas, quedó recogido en una especie de enciclopedia, cuya parte femenina corrió a cargo de la princesa Ateh y la masculina al de su amante Muqaddai al Safer.

100

Como consecuencia de todo esto, las triadas de personajes que la bibliotecaria ha constituido realizando paseos por los tres diccionarios en la misma época (por ejemplo, los participantes en la polémica, los cronistas y los investigadores de los siglos XVII y XX) resultan ser cazadores o lectores de sueños. ¿Y cuál es su objetivo? Pues bien, estos cazadores, reuniendo todos los sueños humanos, intentan recomponer en la tierra, en forma de libro, el cuerpo de un tal Adán, que parece uno pero de nuevo es trino: Adán Ruhani (islámico), Adán Cadmón (judío) y Adán hermano de Cristo y Satanás (cristiano).

Con todos estos personajes y hechos, y bastantes más, como los tríos de demonios que no descansan, entramos en relación al transitar por las rutas ramificadas del país de los jázaros que con ingenio, humor y fantasía ha trazado Milorad Pavic en este atractivo rompecabezas que los amantes de la aventura pueden ir componiendo y recomponiendo a su antojo.

Así acaba el viaje por Jazaria. Viajar mentalmente también fatiga. La bibliotecaria, disfrutando de la música de Goran Bregovic, se toma un respiro antes de abordar la segunda etapa del viaje.

Panonia

Se conocía con este nombre la antigua región de Europa central que se extendía entre el Danubio y la Iliria, cuyos habitantes fueron sometidos por Augusto. Actualmente abarcaría la llanura croatomagiar, que se extiende desde Zagreb a Budapest, incluyendo la Vojvodina yugoslava.

De vuelta de Jazaria coge de paso entrar en Panonia. Y en la primera incursión por ella se ofrece de acompañante un viejo conocido: M. Pavic. Por medio de su *Diccionario* la bibliotecaria remonta el curso del Danubio desde el mar Negro y llega al enclave arqueológico de Chelarevo. Sostienen diversas fuentes, tanto cristianas como judías, que las representaciones de candelabros judíos e inscripciones en hebreo ahí encontradas, así como hallazgos similares hechos en la cercana Novi Sad, permiten pensar que en la llanura panónica se asentaron en el siglo VIII jázaros convertidos al judaísmo. Recuerda también Pavic que de esta Panonia, plagada de fango y pantanos, fue nombrado obispo Metodio, el cronista cristiano de la polémica jázara.

Conseguido un vínculo entre los dos territorios, la viajera despide a Pavic agradeciéndole su ayuda. Porque para entrar de verdad en este territorio hay que recurrir a otro gran escritor: Danilo Kis, el poeta de Panonia.

En su obra *Penas precoces*, Kis nos ofrece una primera y fugaz aproximación a la zona. En el fragmento titulado *El prado en otoño* observamos al padre del narrador pasear por un prado convaleciente de la estancia y actuación de un circo con su Herbarium Pannoniensis (Herbario panonio) bajo el brazo.

En este libro las penas empiezan ya a asomar sus garritas y Panonia deja su tarjeta de visita, pero es en *El reloj de arena* donde ambas alcanzan su culminación, convirtiéndose las primeras, en forma de dolor y desdicha, en el tema central y el elemento panónico en cita recurrente. En él el protagonista ya no se pasea pensativo pero tranquilo por un prado otoñal, sino que se mueve a la deriva acorralado por la miseria y el hambre, los padecimientos físicos y psíquicos, las euforias y depresiones producidas por el alcohol, las pesadillas y la cinofobia, el determinismo spinoziano que desemboca en puro fatalismo, la falta de solidaridad de sus parientes, y su propia lucidez que le permite “ser al mismo tiempo quien observa y quien es observado”.

Acorralado por todos estos perros y por ese otro perro terrible, el destino, “que lo ha devorado todo”, en unos gélidos días de la primavera de 1942, E. S. ve desmoronarse su mundo y su vida, los ve desintegrarse grano a grano y caer lenta pero inexorablemente en la parte inferior de la clepsidra.

Es un libro este sombrío y desolado, en el que los capítulos también se ramifican e intercambian sus datos, como en otro rompecabezas, combinando la fría y aséptica mirada objetiva —la Historia, la Realidad, los Hechos, la Crónica— y la apasionada mirada subjetiva que da cuenta de los sentimientos y emociones de quien protagoniza los acontecimientos. Pero es también, en la medida en que se opone con todas sus fuerzas a la muerte, un canto a la vida. Es una crónica de la Desdicha veteada de amor hacia la complicada naturaleza humana y sus obras imperfectas, hacia la Cultura y hacia la Naturaleza. Y todo ello está impregnado de un aroma especial que viene de muy lejos y se apodera de las páginas del libro: el perfume de Panonia.

Así, aquí aparece el paisaje panónico; ahí, las ruinas romano-panónicas; allí, el cuento de invierno panónico; más allá, la noche panónica y el mar panónico. Pero ya que tiene la suerte

de tener al lado a Kis, la bibliotecaria le cede la palabra y sigue sus indicaciones. Es noche cerrada, se arrodilla y pega bien el oído al suelo “porque en algún lugar de ahí, a algunos cientos de metros de profundidad, yace el cadáver del mar Panónico, aún no del todo muerto, sino ahogado, aplastado por más y más capas nuevas de tierra y piedras, de arena, de arcilla y de fango, de cadáveres de animales y de cadáveres humanos, de cadáveres humanos y de obras humanas, sólo atrapado, porque todavía respira, resulta que desde hace varios milenios, por los cálamos de los ondeantes campos de trigo, por las cañas de los pantanos, por las raíces de patata, aún no del todo muerto, tan sólo aplastado por las capas del mesozoico y de paleozoico, porque resulta que respira desde hace unas horas, unos minutos (en la escala del tiempo de la Tierra), respira con resuellos y dificultad, como un minero atrapado bajo las vigas y los puntales, y los pesados bloques de carbón bituminoso; cuando el hombre apoya su cabeza contra el suelo, cuando pega el oído a la arcilla húmeda, sobre todo en noches tan silenciosas como ésta, puede oírse su jadeo, el estertor de su prolongada agonía”. Lo ha oído perfectamente y permanece largo tiempo conmovida por esta incursión en la Panonia profunda, en ese pasado remoto y reciente en las épocas primigenias que todavía perviven si sabemos ser receptivos.

Al día siguiente comemos en Novi Sad, en el restaurante Alas (El pescador) una paella valenciana que Danilo define como un “*mélange* hispano-moro-judío de flor y fauna” (y como ya sabemos que hispano y cristiano y moro y musulmán tanto monta monta tanto, pues ya tenemos de nuevo al trío de marras...).

102

A continuación, en el rápido Novi Sad-Lenti, señala el paisaje panónico visible desde la ventanilla “la llanura infinita cubierta de nieve; las partículas negras de la tierra labrada que asoman entre la nieve y, en primer plano, en la esquina inferior derecha, un árbol desnudo y noduloso sobre el que se han posado unas urracas negras y ateridas. Al sesgo, casi en diagonal y como fuera del paisaje, unos cables telefónicos nevados...”.

Este paisaje, ahora triste y despojado, es el mismo que en momentos más fértiles le permite al protagonista reunir un herbario de plantas panónicas que dejará, junto con sus reflexiones escritas, a su hijo, porque considera que eso es su vida materializada y cree que “todo lo que sobrevive a la muerte representa una pequeña y mísera victoria sobre la eternidad de la nada”.

De esta manera acaba el paseo con Kis por Panonia y por uno de los momentos más terribles del siglo XX en el que el totalitarismo campó por sus fueros. Momentos en los que como dice Eduard Sam en la posdata de la carta índice en la que convergen los senderos que se bifurcan de *El reloj de arena*: “más vale estar entre los perseguidos que entre los perseguidores.”

Por último, aunque ya casi agotada por viajes tan intensos, la bibliotecaria no puede dejar de convocar a otros dos guías excepcionales: Predrag Matvejevic y Claudio Magris; ambos usan como medio de transporte el barco.

Predrag Matvejevic en *Breviario mediterráneo*, periplo por ese mar íntimamente ligado a la civilización europea, la lleva a su tierra, Croacia, mostrándole las dos partes que la constituyen, el litoral adriático, en el que se asienta Dalmacia, y el interior, ocupado por la llanura panónica. Hace referencia al amor común de todos los croatas por el mar y recuerda la existencia de restos de mares antiguos como el mar de Panonia (del que ya ha oído algo...).

Claudio Magris, por su parte, en *El Danubio*, fascinante viaje físico por dicho río y mental a la(s) cultura(s) centroeuropea(s), dedica un capítulo a Panonia “la llanura croatomagiar empastada de polvo, de pantanos, de hojas marchitas, de las huellas sangrientas que han dejado, a lo largo de los siglos, las migraciones y las luchas de civilizaciones diversas, que en esa llanura y ese fango se han mezclado y superpuesto como cascos de caballos bárbaros”.

Concentrada en estas palabras, la bibliotecaria se desplaza de nuevo por los siglos como si fueran páginas de un libro interminable y recuerda la frase de Danilo Kis: “la realidad es aquello que no se ve a simple vista”.

Buena lectura y buen viaje.

Libros usados y recomendados

Marek HALTER, *Los jázaros*, Barcelona, Edhasa, 2002.

Milorad PAVIC, *Diccionario jázaro (ejemplar masculino)*, Barcelona, Anagrama, 1989.

Milorad PAVIC, *Diccionario jázaro (ejemplar femenino)*, Barcelona, Anagrama, 1989.

Danilo Kis, *Penas precoces*, Barcelona, Muchnik, 2000.

Danilo Kis, *El reloj de arena*, Madrid, Alfaguara, 1989 (ahora publicado por: Barcelona, El Aleph, 2002).

Predrag MATVEJEVIC, *Breviario mediterráneo*, Barcelona, Anagrama, 1991.

Claudio MAGRIS, *El Danubio*, Barcelona, Anagrama, 1990.

Nota: el verso de Pushkin ha sido robado de un artículo de Jacinto Antón en *El País* de 20.5.2002 y la última cita de Danilo Kis de *Lateral* (dic. 1999).